

LOS-MUCHACHOS

DOMINGO 4 DE MARZO DE 1917



NÚM. 146

SEMANARIO CON REGALOS

10 cts.

A los lectorcitos de **LOS MUCHACHOS**

No dejéis de recordar á vuestros papás ó á vuestros hermanos mayores que compren mañana lunes

ALREDEDOR DEL MUNDO

Es la Revista ilustrada que trae más lectura y más variada ilustración. Contiene relatos de viajes, narraciones históricas, curiosidades de ciencias, de arte y de industria, aventuras de caza, costumbres de pueblos raros, novedades de arqueología, numismática, filatelia, historia natural, etc. Es, en suma, una verdadera enciclopedia en forma de periódico, y además regala novelas ilustradas y publica problemas con valiosos premios.

Precio del número: 20 céntimos

¡No olvidarlo! No es justo que mientras vosotros os entretenéis leyendo **LOS MUCHACHOS**, las personas mayores estén mirando las musarañas.

GRAN ÉXITO

MUÑECOS RECORTABLES EN PAPEL

Mariquita y Mariquito, Lola y Lolito, Leoncito y sus muñecos, Juanito y Juanitín, Marianito, Nicolasito, Eduardito, Federiquito, Guillermito, Napoleoncito, Jorgito, etc.

Remitiendo el cupón adjunto á las oficinas de **PIC-TORIAL REVIEW**, Alcalá, 48, Madrid y giro postal de una peseta se remite la colección certificada.

Cupón "LOS MUCHACHOS"
Al hacer el pedido debe
pasar este cupón.

LOS MUCHACHOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Madrid: Martín de los Heros, 65.—Teléfono 4539.—Apartado 216.

SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Semestre. . 2,50 pesetas.

EXTRANJERO: Semestre. . 4 pesetas.

Las primeras lecciones de higiene infantil



La alegría prueba tan perfectamente como las mejores medicinas.

Los ojos no deben frotarse nunca más que con los codos.



Los excesivos cuidados y precauciones matan hasta el gato.

El hambre es la salsa mejor para comer á gusto.

Un rato de descanso oportuno evita varios días de cama.

Para ser guapo lo primero que se necesita es ser limpio.

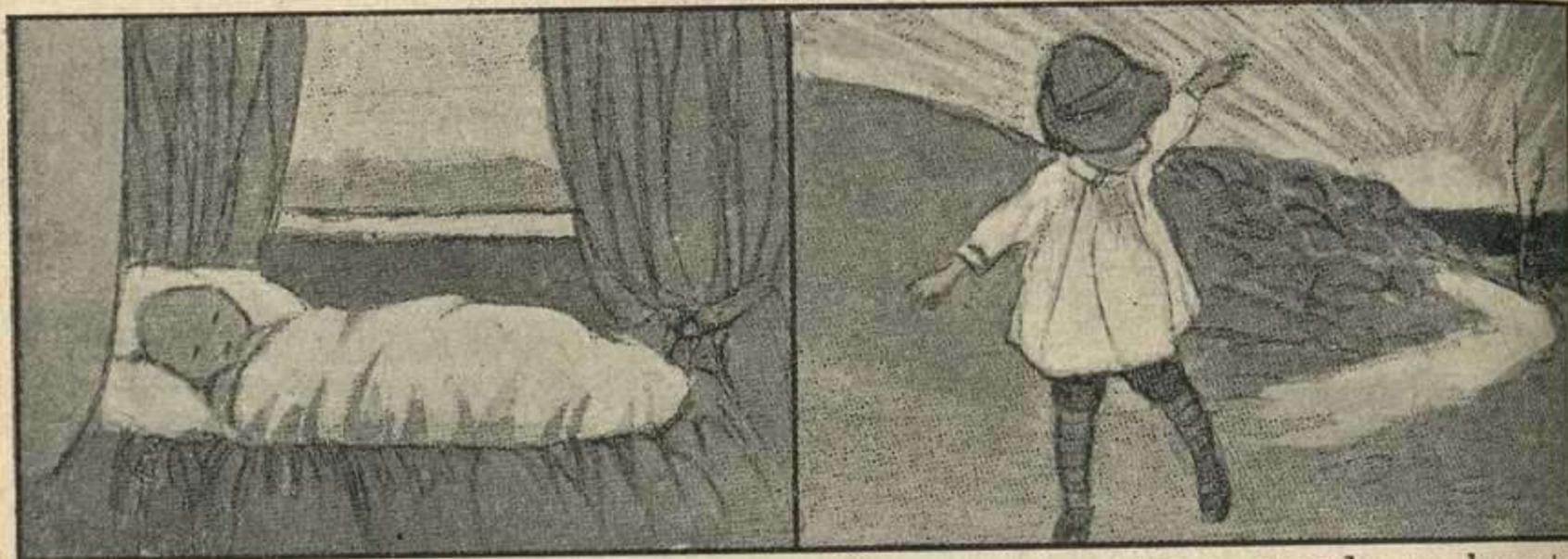


Una comida suficien- te es tan bueno como un banquete.

Llevar cerrada la boca es asegurar la vida.

Una manzana al día conserva al mé- dico fuera de casa.

La cena frugal alar- ga la vida y conser- va la salud.



Hay que acostarse cuando se acuestan los corderos.

Hay que levantarse cuando se levantan las alondras.



LOS GATOS SE DIVIERTEN



Perseguido por los lobos

Entre las mil historias de lobos que se han contado hasta ahora, pocas son tan interesantes como la que refiere un antiguo capataz de madereros que pasó mucho tiempo trabajando en los bosques de Michigan. El hecho ocurrió la noche de Navidad. Había caído una tremenda nevada, y los obreros aconsejaron al capataz que no saliese de su cabaña, porque se habían visto lobos en los contornos; pero nuestro hombre recibió aquel mismo día algunos regalillos comestibles que le enviaba su familia desde la ciudad, y queriendo que su gente participase de ellos, apenas anocheció empezó á hacer los preparativos para dirigirse al campamento de los trabajadores.

“En eso estaba—dice el protagonista de la aventura,—cuando oí un resoplido en la puerta de mi cabaña, y creyendo que sería el viejo mastín del cocinero, que me había tomado cariño y me seguía á todas partes, abrí para dejarle entrar; pero en vez del perro vi otro animal casi del mismo tamaño, y luego otros dos, que se escurrieron hacia la orilla del río en medio de la obscuridad. Sin pensar que pudieran ser lobos, me volví adentro para terminar mis preparativos. Ni siquiera me fijé en la carabina y el revólver que tenía á mi alcance, y cogiendo sólo un hacha que creí necesitaría por la mañana temprano, antes de volver á la cabaña, salí, eché la llave á la puerta y tomé el camino del campamento con mi linterna en una mano y el hacha bajo el brazo.

Para que se comprenda bien lo que luego me ocurrió, debo dar algunos detalles. En vez de los barajones para andar por la nieve, llevaba botas altas, y sobre ellas un par de chanclos, que lo mismo en el bosque que en la ciudad me hacían muy buen servicio. La linterna era de las que entonces se estilaban: un globo de cristal rodeado de alambre, en el que ardía aceite de ballena en un mechero que encajaba en el fondo con dos muelles.

Era ya la hora de cenar, y aunque el

festín de Pascua debía celebrarse á media noche, los obreros querían que yo presidiese la mesa en la cena, y así, apreté el paso. Mi calzado de goma no hacía el menor ruido sobre la nieve endurecida, ni ningún otro rumor turbaba el medroso silencio de los bosques.

Había recorrido ya medio kilómetro, cuando llegó á mis oídos algo así como un suave “pit-pat, pit-pat”, que me obligó á detenerme y á volverme para ver si venía alguien tras de mí. Apenas me paré, aquel ruido cesó, y como no oía ni veía nada, continué mi marcha. Mas no bien eché á andar de nuevo, cuando volvió á oirse el “pit-pat”. Me paré otra vez, y otra vez cesó el ruido; torné á marchar, y comenzó de nuevo el extraño rumor. Todo aquello me pareció muy raro, y más cuando observé que aquel ruido no sonaba ya detrás de mí, sino más bien á uno y otro lado del camino. Confieso que empezaba á sentir miedo. Mas como nunca me ha gustado huir de peligros problemáticos, acabé por decidirme á descubrir al que hacía el ruido, y volviendo sobre mis pasos recorrí unos cuantos metros con la linterna en alto para alumbrar bien el camino. Entonces vi que la luz se reflejaba en dos puntos á un lado de la senda, y mirando bien, descubrí otros dos puntos luminosos al otro lado; alcé más la linterna y pude ver algunos pares más de lo que sin duda eran ojos relucientes. Entonces fué cuando vi que me seguía una bandada de enormes lobos grises. Traté de espantarlos precipitándome hacia ellos, gritando y agitando la linterna, y tuve el gusto de ver aquellos brillantes puntos perderse á lo lejos.

Reanudé la marcha, corriendo más que antes y gritando con frecuencia, en la esperanza de que me oyese alguno de los obreros si por casualidad salía de su cabaña, y no tardé en oír de nuevo el suave trotar de los lobos, esta vez demasiado cerca. Volví á detenerme y ahuyentarlos gritando y sacudiendo la linterna; pero

cada vez que lo hacía se acercaban más que antes. Al fin llegué á la última curva del camino y puede ver á lo lejos las luces del campamento. También vi á la derecha un pequeño abedul, no más grueso que un cañón de estufa. Me sentía fatigado y comprendía que los lobos se arrojarían sobre mí antes de llegar al campamento.

sobre todo si la linterna se me apaga en una de las sacudidas. Precisamente estaba pensando en ello, cuando ocurrió lo que me figuraba. Al agitar el farolillo los muelles del mechero se habían aflojado, y éste cayó sobre la nieve apagándose instantáneamente. Solté la linterna y apenas tuve tiempo de asegurar bien el hacha, cuando el primer lobo, una bestia enorme de espantosos colmillos, trató de saltarme á la garganta. La acerada hoja chocó contra su cráneo, y la fiera cayó sobre el camino lanzando un penetrante aullido.

Mi única esperanza era trepar al abedul. Al caer muerto el lobo, sus compañeros se arrojaron sobre él, conforme á su inveterada costumbre, y yo me aproveché de su distracción para encaramarme al árbol con una rapidez que creo no he tenido en ninguna otra ocasión. Las fieras me vieron, y la que estaba más cerca dió un salto é hincó los colmillos en el talón de uno de mis chanclos, pero

con una sacudida pude hacerle soltar presa, y en un segundo estuve fuera de su alcance.

La acometida de la bandada entera no se hizo esperar.

El bosque parecía lleno de lobos enormes, todos aullando y rechinando los dientes, dispuestos á no dejar de mi persona más que

los huesos. Yo no tenía arma ninguna, ni aun el hacha, que había dejado caer al subir al árbol, y el campamento distaba todavía un cuarto de kilómetro. Tomé aliento y en seguida, alzando la voz más que antes, empecé á pedir auxilio. Desde donde estaba podía ver las luces de las cabañas y hasta oír el ruido que hacían los bueyes y los caballos en sus establos de troncos. De pronto, vi abrir una puerta y salir uno de los obreros con una linterna en la mano. Grité otra vez y al momento



Me paré otra vez y otra vez cesó el ruido.

cuarenta individuos se presentaron en el camino. El primero que salió decía á los demás: "Dios me valga, los lobos se están comiendo al patrón." Con las voces se mezclaron las detonaciones de carabinas y pistolas, y no hay que decir que los lobos huyeron, y que al saltar al suelo me vi rodeado de mi gente, que había matado seis ó siete y herido á otros tantos, que desaparecieron en la oscuridad dejando sangrientos rastros.



LABORACIÓN-INFANTIL



INGRATITUD

En América en una de las praderas del Far West, había una magnífica granja propiedad de Mr. John Bruce.

Dicho señor tenía una hija llamada Margarita modelo de belleza y asimismo buena y laboriosa.

Sucedió que cierto día siendo Margarita de corta edad llegó á la granja una mendiga con un niño en los brazos y llamando con desesperación á la puerta gritaba:

—¡Oh, señor, socorred y amparad á mi hijo, mi pobre Tom! Y no teniendo fuerzas suficientes para tenerse en pie dejó posar sus desnudos miembros sobre el tranco de la puerta.

Abrieron ésta, y Mr. John en persona ayudó á la pobre mujer á levantarse del escalón y la entró en la casa. Inmediatamente dispuso que arreglaran una cama para la pobre mujer que dijo llamarse Catalina y ser natural de Méjico.

Como la mujer estaba muy enferma mandaron llamar á un médico, pero no hubo remedio y á los pocos días de estar en la hacienda entregó su alma á Dios, postrándose humildemente sobre su cama é implorando amor y consuelo para aquel desgraciado que dejaba en manos de la desolación.

El muchacho se quedó en la casa y creció al lado de Margarita que lo quería cual si fuese su hermano. Llegó á tener veinte años y Mr. John lo nombró su administrador.

La belleza de Margarita lo deslumbró y se enamoró perdidamente de ella atreviéndose á confesarle su amor, que la joven rechazó.

No desmayó por esto, y juró que de grado ó por fuerza tenía que ser suya.

Un día salió de la hacienda y se dirigió á la tribu de los indios pawns y solicitó hablar con su jefe. Inmediatamente fué llevado á la presencia del gran jefe de la tribu llamado Bisonte Negro, que le dijo:

—Sea bienvenido mi hermano blanco al wighwam de su hermano rojo.

Después de fumar el calumet de paz empezó á hablar Tom de la siguiente manera:

—¿Conoce mi hermano rojo la hacienda de Mr. John Bruce.

—La conozco—contestó el piel roja.

—Pues bien, yo estoy locamente enamorado de la hija de este señor y quisiera que mi hermano el Bisonte Negro me ayudara á apoderarme de Miss Margarita que así se llama la hija de Mr. John.

—¿Y qué dará mi hermano blanco por esto?

—Yo podré darle unos 5.000 dollars y dos barriles de whisky.

—Pues bien, trato hecho.

A las doce de la noche próximamente, unas sombras se deslizaban por la hacienda de John Bruce.

Un hombre se acercó á uno de ellos y le dijo en voz baja:

—Están preparados mis hermanos para el asalto.

—Preparados estamos—contestó el indio, porque ya nuestros lectores habrán adivinado que eran éstos y Tom los que hablaban.

Mientras esto sucedía en una habitación de la granja se encontraban mister John y su hija, y ésta le decía á aquél:

—Papá, lo mejor será que nos acostemos, yo por mi parte voy á hacerlo; para qué queremos estar más tiempo levantados. Buenas noches.

—Buenas noches, hija mía—contestó Mr. John, pero, ¡calla! ¿qué ruido es ese que se oye?

—No es nada, papá, no tengas cuidado.

—Sí, hija mía, algo es.

Y así diciendo se asomó á una ventana y pudo distinguir un bulto que se le figuró un piel roja.

Inmediatamente se retiró y dijo muy quedo á su hija:

—Hija mía, los pieles rojas están cerca de la granja. Y entonces cogió su rifle que estaba en un rincón de la estancia y salió á llamar á los criados para que se preparasen para defender la finca.

No hacía ni cinco minutos que se habían puesto en orden de defensa cuando resonó el grito de guerra de los pawns y todos se adelantaron esgrimiendo sus armas hacia la finca.

Pero una descarga cerrada tumbó aproximadamente unos veinte pieles rojas. En seguida una lluvia de flechas cayó sobre los defensores de la granja.

En esto Mr. Bruce distinguió á Tom entre los pieles rojas y exclamó:

—El, él ha sido el traidor, pero Dios mío, ¿será posible que sea un hombre tan ingrato? Y esto diciendo disparó su arma contra los pieles rojas al mismo tiempo que sus criados y mataron buen número de adversarios.

Estos retrocedieron, pero se adelantaron en seguida y empezaron á tirar teas encendidas en el tejado de la granja.

De esta manera la situación de los defensores de la hacienda se iba haciendo desesperada. Ya comenzaban á echar la puerta abajo cuando dijo Mr. Bruce.

—A ver, uno de vosotros, el que quiera, que procure salir de la granja y vaya á avisar á nuestros amigos los comanches y diga al Puma rojo que su hermano blanco necesita de su auxilio.

Entonces se adelantó uno llamado Fernando Sánchez, español y nacido en Aragón que se ofreció para esa misión.

Estrechó la mano de Mr. Bruce y examinando cuidadosamente sus armas bajó á la cuadra, cogió un caballo y por una puerta secreta que había en el patio se lanzó al campo.

Pasadas dos horas la situación de Bruce y los suyos era irresistible. Ya habían penetrado los indios en la finca y se entregaban al saqueo, luchando con los pocos criados que aún quedaban con vida y que alentados por el dueño de la finca se batían como leones.

Tom había cogido entre sus brazos á Margarita y la estrechaba brutalmente.

Pero en aquel momento sonó el grito de guerra de los comanches que se lanzaron dentro de la finca.

El Puma rojo, jefe de los comanches hendió con el tomahaw el cráneo de mu-

chos indios, entre ellos el de su jefe Bizonte Negro. Fernando rompió de un culatazo la cabeza de Tom y ya los pawns faltos de su jefe se declararon en vergonzosa fuga.

A los pocos días como John pudo descubrir que Fernando y Margarita se amaban los casó y desde entonces vivieron felices.

PEDRO MARTÍNEZ

Linares.

SEGADORES SEGADOS

Caminaban tres segadores gallegos hacia su tierra, cuando vieron á bastante distancia una cuadrilla de ladrones que venían por el mismo camino.

No sabiendo qué hacer, determinaron subirse cada uno á un árbol para dejarlos pasar sin ser vistos; pero quiso su mala ventura que en el mismo que eligieron los segadores acamparon los ladrones.

Nuestros pobres gallegos se hallaban temblando al pensar si serían descubiertos, cuando vieron que los ladrones echaban en la manta de uno, al parecer jefe, gran cantidad de dinero y de alhajas que empezaron á repartirse. Esto excitó uno de los segadores al ver aquella riqueza, á exclamar con entusiasmo:

—¡Oh, si yo tuviera tantu oru!...

Los ladrones le oyeron, miraron á todas partes, y divisaron al pájaro en su nido.

Hiciéronle bajar, y al punto le degollaron. Al observar la sangre que salía de la herida, dijo uno de los bandidos.

—¡Qué negra es la sangre gallega!

—No es negra, señor ladrón; es que mi compañeru ha comido muchas moras.

—¡Hola!, ¿estás tú ahí?—dijo el jefe, mirando al otro árbol.—Pues abajo, animal.

Se bajó el gallego; al punto sufrió la suerte del primero.

—¿Quién le mandaba hablar habiendo visto lo que pasó á su compañero?—dijo el jefe.

—Pur esu me estoy yo aquí muy calladitu—dijo el tercero.

—Baja tú también y te lo diremos. Tuvo igual fin que sus paisanos.

JOSÉ SÁNCHEZ

(12 años.)

Alcázar de San Juan.



¡Qué modo de disparatar! A veces me arrepiento de haberlos hechizado. ¿Pero quién había de sospechar que se dedicarían á la poesía?

Su trémula voz revelaba lo que le disgustaban los versos de los pájaros, y rompiendo á llorar, buscó el bolsillo, pero en vez de sacar el pañuelo para enjugarse el llanto, sacó un sapo. Esto le recordó sus deberes de ama de casa y poniéndose de pronto muy cortés, dijo á la princesita.

—¿Quieres una ensalada de sapos con mayonesa para almorzar?

—No, muchísimas gracias—respondió la princesita.—Prefiero tomar un poco de néctar de las flores.

—¡Qué gusto más extravagante tienes!—comentó la bruja con desesperación.—Yo no lo probaría... Pero como soy tan rara... Eso te va á hacer adelgazar, pero buena falta te hace.—Y mirando los torneados brazos de la princesita y los flaquísimos de

ella, murmuró:—Yo siempre he sido de tipo muy espiritual.

Después, encarándose con su hijo, dijo con tono agradable:

—Esta mañana he visto en la selva la cosa más divertida que te puedes imaginar, Melindrito: un joven sentado en una piedra escribiendo poesías. El poeta tenía los pies del revés, en vez de mirar hacia adelante miraban hacia atrás. ¡Creí morir-me de risa! Estuve á punto de encantarlo y traerlo á casa, porque nos hubiera servido de recreo, pero estaba muy cansada de hechizar. Es una cosa que quebranta mucho los nervios. Además, nos lo iba á ensuciar todo con sus papelitos de versos.

—¿Por qué no lo has traído, mamá?—gritó el pobre Melindre con tono quejumbroso.—Me está haciendo mucha falta cambiar de comida.

—¡Pobrecito mío, cuánta hambre pasa!—exclamó la tierna bruja, llena de remordimiento por su olvido y estrechando al chico contra su pecho.—¡Qué cruel es tu madre olvidándote!

La bruja era muy sentida, y abrumada por la emoción comenzó á dar vueltas como una peonza. El aire le inflaba las faldas como un globo y á cada vuelta se le salía del bolsillo algún sapo, hasta que su hijo, compadecido, la recordó con mucha delicadeza que se la veían los rotos de las medias.

Al oír la atinada observación del fruto de sus entrañas, se sentó junto á él, y con fina compostura cambió de conversación.

—¡Cuánto te gustaría Rosalía frita! ¿Verdad, hijo mío?

—¡Ay, mamá, no me lo digas!—suspiró el chico.

—Pues mañana te la pondré con guisantes. Es tu santo y la he conservado con ese propósito. Si quie-

res puedes convidar á los Tragaldabas de Atraconcillo y á tus primitos los Panzagorda.

La mamá guardó silencio para que Melindre tuviera tiempo de expresar su satisfacción, pero la encantadora criatura se mostró pensativa y hasta disgustada.

—Si tú quisieras mamá...—dijo tímidamente,—me gustaría que no hubiera más convidado que yo...—¡Están tan pequeña Rosalía!

La bruja se echó á reír regocijadamente, quitándose el flequillo postizo para reírse con más desahogo.

—¡Qué monísimo eres, hijo mío!—exclamó.—¡Y qué listo!

Melindre miró con altivez á Rosalía, para ver si también ella se admiraba de su ingenio, pero la pobre princesita estaba llorando, mientras que los pajarillos jugaban al corro en torno suyo cantando:

¡Lástima de princesita!

¡Se la van á comer frita!

¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Pobrecita!

Melindre era tan impresionable como su madre y se le pusieron trémulos los labios al oír esto, pero la bruja no tenía tiempo para sentimentalismos, y después de ponerse el flequillo postizo, montó alegremente en su escoba que estaba tascando el freno de pura impaciencia.

—No volveré hasta mañana, hijito mío—dijo.—Esta noche no necesitas cenar. Reserva el apetito para el banquete de mañana. Ya sabes—y haciendo un guiño regocijado se alejó al galope.

Su hijo recobró su acostumbrado aire de satisfacción y empezó á dar saltos por el jardín con el fin de despertarse el apetito para el día siguiente.

La pequeña Rosalía no podía conciliar el sueño aquella noche. La proyectada comida pesaba de un modo

extraño sobre la mente de la pobre niña, y mientras Melindre roncaba y soñaba, salió cautelosamente al jardín, donde las lechuzas cantaban solitarias y la luna flotaba serena siguiendo su curso por el firmamento, sin importarle el triste destino de la princesita.

Tres veces corrió locamente, resuelta á transponer los montes, pero se cerraba ante ella la espesura encantada, cortándola el camino, mientras que en las cumbres se oía al dragón silbar.

Llevándose las manos al palpitante corazón, al ver la imposibilidad de huir, corrió por el jardín llorando tan lastimeramente, que al caer las lágrimas al suelo producían un ruido profundamente triste. Mas de repente al doblar un recodo, vió sentado en un banco un joven escribiendo en un cuaderno á la luz de la luna.

—Perdonad—dijo la princesa cortésmente.—¿Sois el príncipe?

Sin interrumpir su ocupación ni alzar la vista, el interrogado sacó del bolsillo una tarjeta y se la entregó á la princesita. Su tarjeta decía en letra grande y roja.

ALEJANDRINO ESPINELA

Poeta extraordinario.

Poemas á la medida

Regala una docena de sonetos selectos con cada oda vendida.

—¡Oh, muy bien!—dijo Rosalía devolviéndole la tarjeta.

—¿Nombre y profesión, hacéis el favor?—dijo el poeta sin levantar la vista del cuaderno.—¿Qué necesitáis, redondillas, sonetos, cuartetos... Sobre el amor, sobre la Primavera, la simpatía, la tumba?... Todo muy ba-

rato. Precios económicos. ¿Qué queréis? Servicio rápido. ¡Prontitud y economía es mi lema! ¿Queréis algo?—preguntó con impaciencia el poeta.

—Muchas gracias; esta noche me parece que no necesito nada—respondió la princesa tímidamente.—No vengo á hacer compras. No soy sino una princesita encantada.

—¡Cómo!—exclamó el poeta poniéndose de pie de un brinco y mirando á la jovencita con una lente.—¡Por las barbas del inmortal Jove! ¿Por qué no habéis empezado por ahí? Sentáos un momento para que os haga una oda. Llevo toda la vida buscando una princesa.

Inmediatamente la puso encima de un banco y sentándose á su lado se puso á escribir rápidamente, no sin mirarla de vez en cuando con la lente para fijarse bien en sus señas personales. Cuando hubo acabado, se echó hacia atrás para leer con entusiasmo sus versos y contar las sílabas por los dedos. Entonces se atrevió á hablar Rosalía.

—¿Sabéis dónde hay príncipes, don Alejandrino?

El poeta movió la cabeza llevando el ritmo de los versos con las manos y los pies.

—Os lo pregunto por la sencilla razón de que van á comerme mañana—explicó Rosalía,—y si vos supiérais de alguien que pudiera salvarme á tiempo...

El señor Espinela se guardó cuidadosamente el cuaderno y consultó un reloj.

—Yo me encargaría de ello con mucho gusto, si no fuera cosa de mucho tiempo, porque he venido aquí para reponerme con estos aires, y espero que me permitáis escribir algunos versos en el camino.

—¡Ya lo creo! Os lo agradeceré mucho, pero más os agradeceré si me



salváis, porque sería muy conveniente.

—¡Oh! con mucho gusto—dijo el poeta levantándose.—Tenéis que hacer el equipaje?

La princesa respondió negativamente, y cogiéndola de la mano la llevó á la puerta del jardín. Al andar Rosalía no dejó de observar que su acompañante tenía los pies vueltos hacia atrás, pero como en todo lo demás era un perfecto caballero, la princesa pasó por alto tan extraña particularidad.

Cuando hubieron llegado á la linde del bosque que cubría el monte, Rosalía dijo al poeta que estaba encantada, por cuya causa se entretejían las vides y las hierbas cerrándola el paso por donde trataba de salir.

—Me parece que es muy difícil libertarme—añadió en tono de excusa.

—Además, hay dragones en la cumbre.

—¡Qué extraño!—dijo su acompañante, muy interesado.—Yo no he visto ninguno al bajar. Pero creo que podremos arreglárnoslas.

Mientras hablaba, se hizo más impenetrable que nunca la espesura, hasta formar una densa barrera.

—¡Ahora veremos! — exclamó el poeta, y sentándose en una piedra con la princesa junto á sí, empezó á leer una de sus composiciones épicas. Al llegar á la segunda estrofa, con asombro y alegría de la princesita, comenzaron á escurrirse las ramas como quien huye de un peligro, con toda la velocidad que les permitían las hojas entrelazadas, los plantones y los arbustos emprendieron precipitada fuga, y hasta los árboles viejos y sesudos, decidieron sacar sus

Figuras para proyecciones



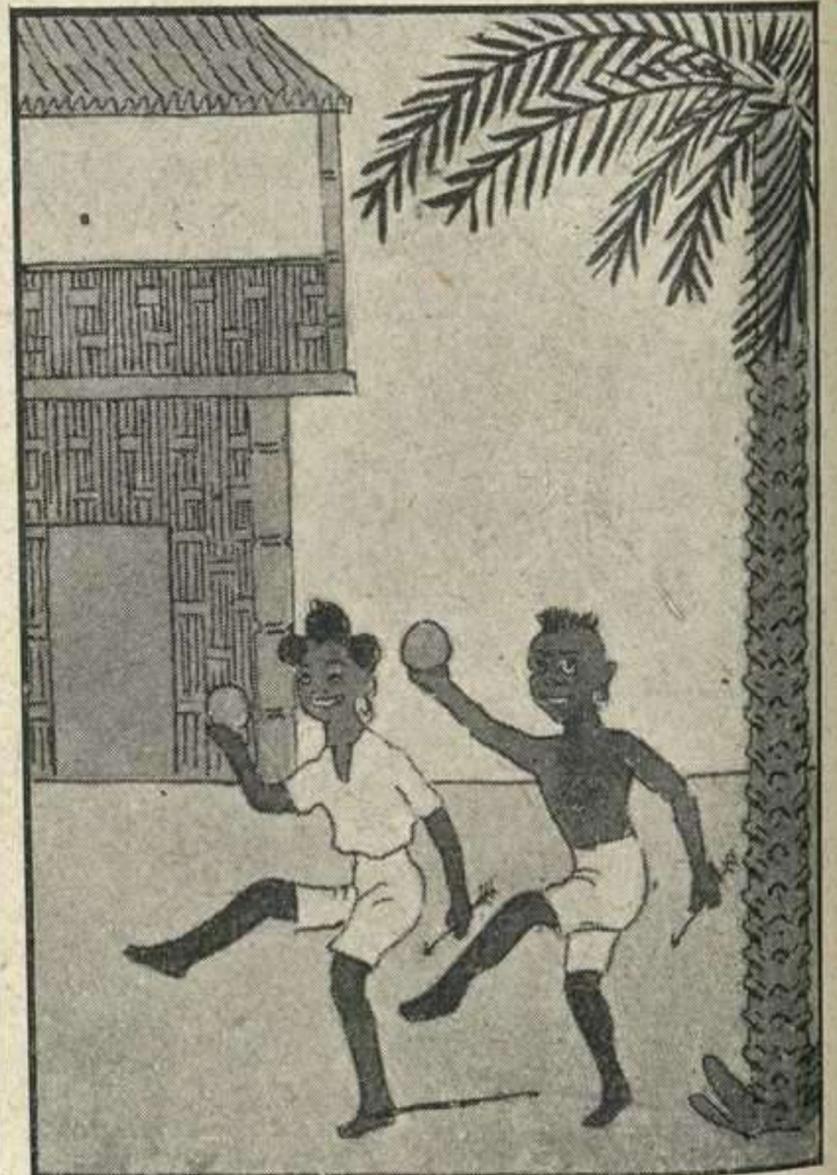
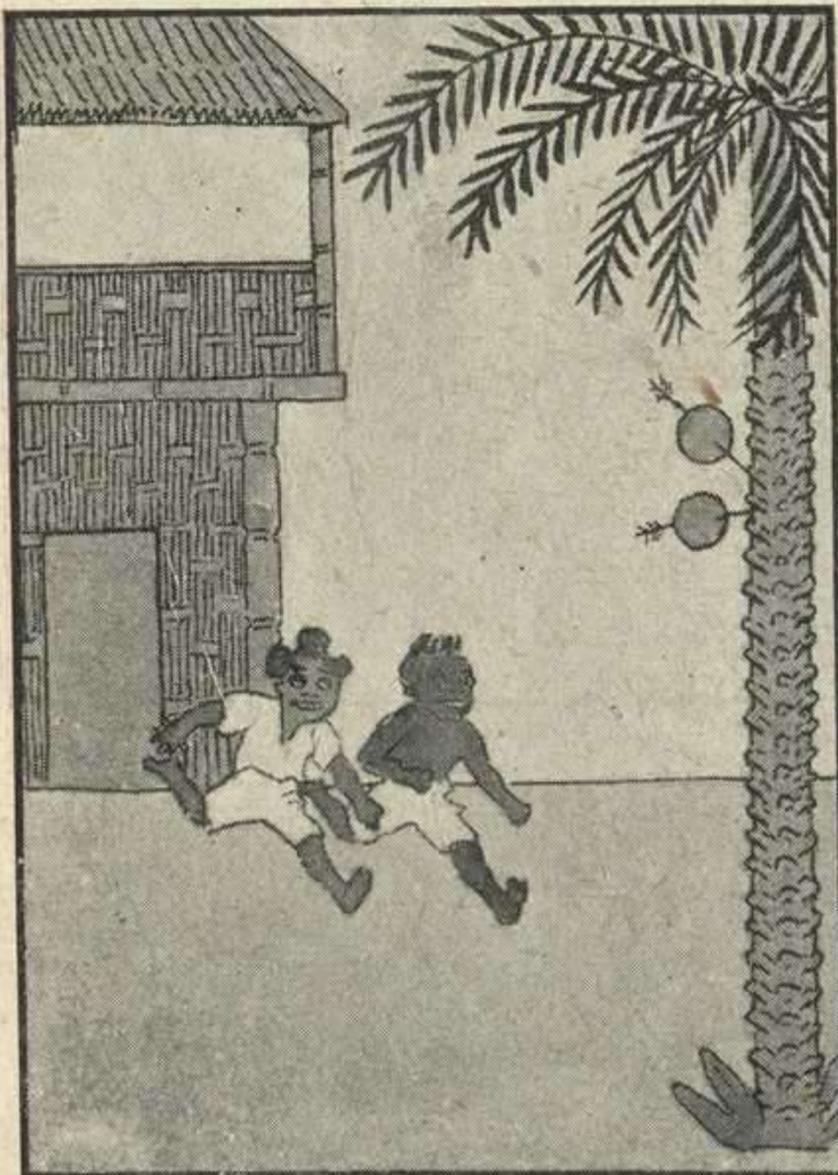
Esta dama marroquí que veis aquí vestida de blanco la podéis ver mucho más grande y vestida de negro siguiendo las siguientes instrucciones:

Recórtense cuidadosamente todas las partes negras de esta lámina y colocando el papel (en el que sólo

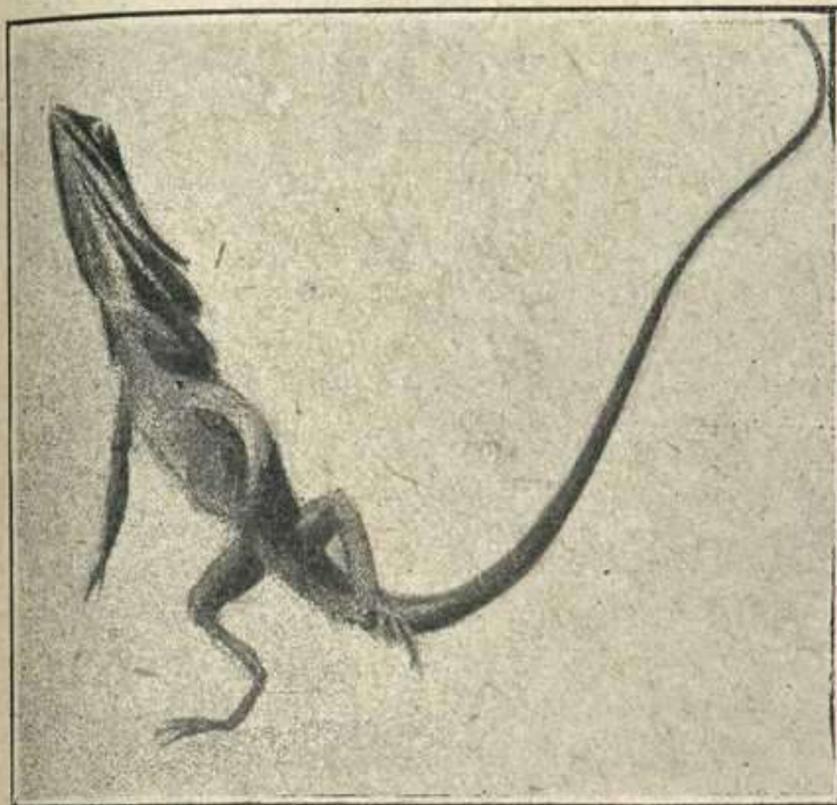
quedarán las partes blancas) entre una luz y la pared, se verá en ésta la figura trazada con líneas negras y más ó menos grande, según la distancia á que se hallen la luz, el papel recortado y la pared. La proyección sale mejor de noche.

LA CAZA DE LA NARANJA

(Historieta muda)

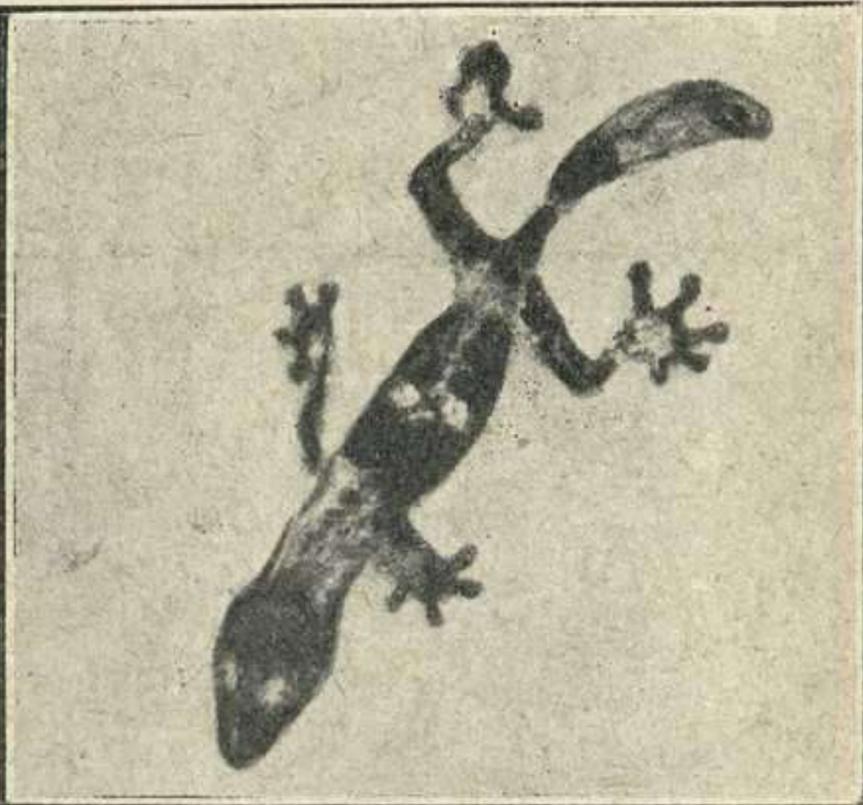


Jardín zoológico de "LOS MUCHACHOS"
El mundo de los lagartos (III)



EL LAGARTO DE GOLA

El lagarto de gola es un reptil extraordinario que vive en Australia y que tiene la costumbre de comer velozmente en dos pies, con la boca abierta. La piel le forma alrededor del cuello una especie de gola que el reptil dilata cuando está enfadado ó asustado.



EL GECKO

El gecko, más conocido en España por el nombre de salamancha, tiene en los pies unas ventosas que le permiten correr por las paredes y por los techos como las moscas que le sirven de alimento. La gente ignorante lo cree terriblemente venenoso, pero no es cierto.



EL CAMALEÓN

El camaleón cambia de color según el de las hojas ó ramas entre las cuales se mueve, para que no se le distinga. Lento de movimiento y como adormecido, en cuanto ve una mosca saca rapidísimamente la lengua (una lengua de quince centímetros de larga) y caza el insecto.

Historia fiel y sincera de Gustavo el calavera

Décimo sexto episodio: ¡Tierra!





Entretencimientos.

TARJETA ANAGRAMA

(REMITIDA POR FRANCISCO CAÑOTO Y CHACÓN)

MI CASA

Con las letras de esta tarjeta, formar el nombre de una prenda de vestir.

*

TARJETA

(REMITIDA POR J. CABRERA.)

LIXAFI ONISO

Con las letras precedentes formar el nombre de un monarca.

*

ACROSTICO

(REMITIDO POR J. CABRERA.)

0
* 0 *
* * 0 * *
* * * 0 * * *
* * 0 * *
* 0 *
0

Sustituir los asteriscos y ceros por letras para que se lean horizontal y verticalmente consonante.—Conjunto de aguas. Nombre de mujer.—Carruaje.—Pueblo.—Nombre de mujer.—Vocal.

LOGOGRIFO NUMERICO

(REMITIDO POR LUIS PAUNERO.)

1 5 4 5 2 Tiempo de un verbo.
5 4 5 2 Verbo.
4 5 3 Condimento.
5 2 Sílabas.
2 Consonante.

Sustituir los números por letras para que se lea lo mismo horizontal que verticalmente.

*

CHARADA

(REMITIDA POR ANTONIO MORENO GARCÍA)

Mi *prima* un pronombre,
Mi *segunda* nota musical, y mi *TODO*
un nombre.

*

CHARADA

(REMITIDA POR ANITA CÁNCER.)

Primera, letra.
Segunda, letra.
Y el *TODO*, ave.

*

CHARADA

(REMITIDA POR CARMEN CÁNCER.)

Primera, vocal.
Segunda, consonante.
Tercera, consonante.
Cuarta, el que hace limosna.
Quinta es de agua dulce.
TODO, vocales y consonantes.

*

FUGA DE VOCALES Y CONSONANTES

(REMITIDA POR AVELINO GAUDENS.)

U. o. d. l. s. p. r. o. i. o. i. f. n. i. e. d.
m. y. r. c. r. u. a. i. n. e. l. s. m. c. a. h. s

SOLITARIO DE BARAJA

REMITIDO POR ANDRÉS MERCADO.)

Colocar los ases, sotas, caballos y reyes de una baraja, de manera que ni horizontal, vertical ni diagonalmente se encuentre un as, una sota, un caballo y un rey del mismo palo, sin que tampoco pueda haber dos ases, dos sotas, etc. en una misma línea.

*

JEROGLIFICO COMPRIMIDO

(REMITIDO POR RAFAELA APARICIO)

TIR TIR GOMA

SOLUCIONES DE LOS PASATIEMPOS DEL NUMERO 145:

Del pasatiempo:

Murcia

Cádiz

León

Guipúzcoa

Córdoba

Del segundo pasatiempo: CAMALEÓN.*Del tercer pasatiempo:* CARO.—CERO.—CIRO.—CORO.—CURO.*De la adivinanza:* EL HUMO.*De la segunda adivinanza:* DIEZ PATOS MACHOS Y UNA HEMBRA.*Del entretenimiento:* BENAVENTE.*De las charadas:* TELEGRAMA.—AVELINO.*Del cuadrado:*

L u n a

U v a s

N a d a

A s a s

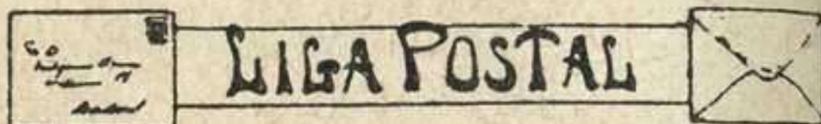
De la tarjeta: CATALINA BÁRCENA.

*

Han enviado soluciones de los pasatiempos del número 144:

Salvador Blesa, Jeresa; Eduardo, Alvaro y María del Pilar Cebreiro, Coruña; Carmela y Fernando Rebelles y Acosta, Sevilla; Armando Gobrámézvo, Huelva;

Román Alberca, Alcázar de San Juan; Vicente y Rafael Rodríguez Cepeda, Valverde del Camino; María Luisa Martino y Martino, Madrid; Palmira Zabala, Madrid; Trifón González, Cáceres; Néstor Souteyrant, Madrid; Santiaguito y Marianito Pérez y Haya, Madrid; Fernando Carvajal; Nicolás Wilke Gómez, Valverde del Camino; Andrés Mercado León, Sevilla; Primitivo Angel, Madrid; José Custodio, Azuaga; Un lector de Talavera; Eduardo Pérez, José Bear, Jaraca; Rafael Martínez, Pilar Martínez, Carmen Martínez y Enrique Vega, Madrid.



LISTA 64.

(Véase la 63 en el número 146.)

Fernando Aguilar, Fábrica Nacional de Armas, Toledo.

Ramón González Díaz, Arriendas, Asturias. (Cambia sellos.)

Amparito Jiménez de Letang, Plaza de Roldán, 7, Cartagena. (Cambia postales y estampas.)

Alejandro Sandino, Malviedro, 8, Sevilla. (Cambia sellos y fotografías.)

Carmen Martínez, Torrecilla del Leal, 11, Madrid.

Rafaela Martínez, Torrecilla del Leal, 11, Madrid. (Cambia sellos.)

José Vallojera, calle de Bilbao la Vieja, 1, Bilbao.

Palmira Zabala, Santa María, 8, Madrid.

Enrique Domenech, calle de Cervantes, 34, Madrid.

Jesús Domenech, calle de Cervantes, 34, Madrid.

Matilde Voltas, calle de las Terreras, 38, Figueras.

Camila Lloret, Bajada de la Merced, Figueras.

Joaquín Xutche, calle Junquera, 5, Figueras.

Caridad Martín, Gobierno Civil. Castillo de San Fernando, Figueras.

Juan Terrato, calle San Rafael, 1, Figueras.

AGUA MINERAL
NATURAL
PURGANTE
de LOECHES

P E Ñ A G A L L O

DEPURATIVA
Antiartrítica
Antiherpética

(Pida Ud. botella de una dosis) Propietario: LUIS SANZ; Montera, 29, bajo. Teléfono 11-76

LOS CONTEMPORÁNEOS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Publica novelas cortas interesantísimas, escritas por los mejores autores, lujosamente ilustradas en negro y en colores por renombrados dibujantes

NÚMERO SUELTO:

Edición de lujo, 30 céntimos.

Edición económica, 20 céntimos.

PIANOS

GAVEAU, PLEYEL, A. BORD, CONCENTRAL, etc., al contado y á plazos, desde 25 pesetas. Pianos verdadera ocasión, garantizados, desde 400 pesetas. Alquileres desde 10 pesetas. Afinaciones, compras, cambio y reparaciones. AUTOPIANOS

R. ALONSO

22, Valverde, 22

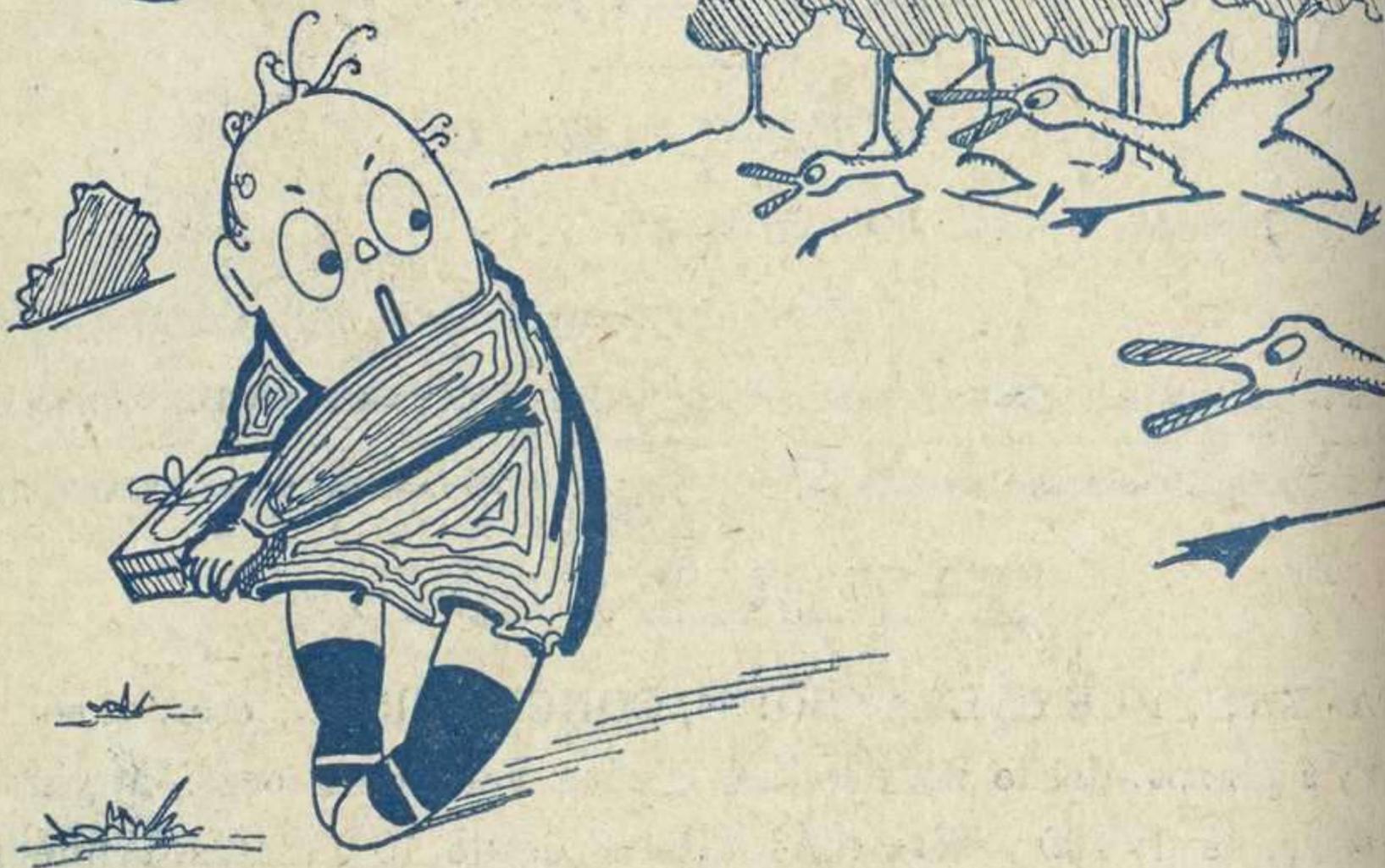
MADRID

Jabon

FLORES

CAMPO

DEL



Urubio